

URVIO

Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana
Programa de Estudios de la Ciudad

ISSN: 1390-3691 • Mayo 2008 | No.4

www.revistaurvio.org



FLACSO
ECUADOR

Editorial

Fernando Carrión 7-10

Resumen

..... 11-19

Investigación

Pandillas: muerte y sentido 23-34

Carlos Mario Perea

Maras y Pandillas en Centroamerica 35-46

Emilio Goubaud

Pandillas juveniles en España: la aproximación de Barcelona 47-58

Josep M. Lahosa

La pandilla proxeneta: violencia y prostitución juvenil en Centroamérica 59-71

Mauricio Rubio

El fenómeno de la violencia armada organizada 72-80

Rebeca Pérez y Daniel Luz

Estrategias y políticas de inclusión (¿asimilación?) de pandillas en Ecuador: dos modelos de ciudades, dos visiones sobre las potencialidades de los/as jóvenes pandilleros/as 81-99

Alfredo Santillán y Soledad Varela

Artículo

Criminalidad urbana y acciones de los escuadrones de la muerte en la Bahía (Brasil): de la impunidad a la pena máxima 103-110

Ceci Vilar Noronha

Cohesión social: miedos y políticas de ciudad 111-120

Enrique Oviedo, Alfredo Rodríguez, Paula Rodríguez

Gobiernos locales y seguridad pública: Olavarría, un caso práctico en Argentina	121-134
Pablo Palazzolo	
Comparativo	136-137
Entrevista	
Pandillas Transnacionales: redes, flujos, memorias, identidades	141-150
Diálogo con Carles Feixa / Por Alfredo Santillán	
Reseña	
González Placencia, Luis, José Luis Arce y Metztlí Álvarez, “coordinadores”, 2007, <i>Aproximaciones empíricas al estudio de la inseguridad. Once estudios en materia de seguridad ciudadana en México, editorial Miguel Ángel Porrúa, México.</i>	153-157
Miguel Garza Flores	
O’Malley, Pat, 2006, Riesgo, neoliberalismo y justicia penal, Ad-Hoc, Buenos Aires	156-157
Iván Olaya Díaz	
Newburn, Tim, Comprendiendo y previniendo la corrupción policial: lecciones de literatura	158-160
Enrique Castro Vargas	
Bibliografía y enlaces	166-171
Política editorial	172-173

Contents



Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana
Programa de Estudios de la Ciudad

ISSN: 1390-3691 • May 2008 | No.4

Editor's note

Fernando Carrión 7-10

Summary

..... 11-18

Investigation

Gangs: death and logic 23-34

Carlos Mario Perea

Maras and gangs in Central America 35-46

Emilio Goubaud

Juvenile gangs in Spain: Barcelona's approach 47-58

Josep M. Lahosa

Gangs as pimps: youth violence and prostitution in Central America 59-71

Mauricio Rubio

The phenomenon of armed organized violence 72-80

Rebeca Pérez and Daniel Luz

Strategies and policies of inclusion (assimilation?) of gangster groups in Ecuador: two city models, two visions about the potential of young gangsters 81-99

Alfredo Santillán and Soledad Varela

Article

Urban criminality and actions of the death squads in Bahía (Brasil): from impunity to the highest penalty 103-110

Ceci Vilar Noronha

Social cohesion: fears and policies of the city 111-120

Enrique Oviedo, Alfredo Rodríguez, Paula Rodríguez

Local governments and public security: olavarría, a practical case in Argentina

..... 121-134
Pablo Palazzolo

Estadística

..... 136-137

Interview

Transnacionational Gangs: networks, flows, memories, identities 141-150
Dialogue with Carles Feixa / By Alfredo Santillán

Book reviews

González Placencia, Luis, José Luis Arce y Metztlí Álvarez, “coordinadores”, 2007,
Aproximaciones empíricas al estudio de la inseguridad. Once estudios en materia de seguridad ciudadana en México, editorial Miguel Ángel Porrúa, México. 153-155
Miguel Garza Flores

O’Malley, Pat, 2006, *Riesgo, neoliberalismo y justicia penal,* Ad-Hoc, Buenos Aires 156-157
Iván Olaya Díaz

Newburn, Tim, *Comprendiendo y previniendo la corrupción policial: lecciones de literatura* 158-160
Enrique Castro Vargas

Bibliography and links

..... 166-171

Editorial politic

..... 172-173

Maras y Pandillas en Centroamerica

Maras and gangs in Central America

■ Emilio Goubaud¹

Fecha de recepción: abril de 2008

Fecha de aprobación y versión final: mayo de 2008

Resumen

Este artículo está fundamentado en la investigación realizada por DEMOSCOPIA S.A. en octubre del 2007. Es un hallazgo de un estudio integral de maras, pandillas, comunidad y policía en Centroamérica, del cual hago un análisis y un resumen condensado que se enfoca en las agrupaciones juveniles que cuentan con una identidad construida a través de la participación en actos violentos. Al mismo tiempo resalto la incapacidad de los gobiernos del triángulo norte de Centroamérica para abordar dicho fenómeno, que hoy se ha convertido en un conflicto social en donde nuestros Estados han perdido la gobernabilidad, a la vez que las pandillas se han convertido en una fachada del narcotráfico y el crimen organizado.

Palabras clave: *vulnerabilidad, riesgo social, prevención, entorno, USAID.*

Abstract

This article is based on the research executed by Demoscopia S.A. in October 2007. This finding derives from an integral study of maras and gangs, community and police in Central America. It analyzes and summarizes the study of young groups that build their identity through their participation in violent acts. It also looks at the incapacity of governments in the northern triangle of Central America when approaching this phenomenon—which has become a social conflict in States that have lost governing abilities and where gangs become the façade of drug-dealing and organized crime.

Key words: *vulnerability, social risk, prevention, environment, USAID.*

¹ Licenciado, Director Regional del Programa Hacia una Política Pública Regional en Prevención de la Violencia Juvenil (POLJUVE-INTERPEACE).



no de los aspectos más polémicos para confrontar el problema de las maras y pandillas es ofrecer una definición satisfactoria de ellas. Podríamos decir que “son grupos negativos de calle, relativamente estables, que utilizan los espacios públicos urbanos para reunirse, quienes han generado patrones propios de identidad y que presentan conductas delictivas y violentas”.²

Aunque tradicionalmente se han concebido como organizaciones fundamentalmente masculinas, se ha demostrado la presencia femenina a través de su papel en la reproducción de estructuras de división desigual de poder, así como las estrategias empleadas por las mujeres para confrontar esta desventaja.

El fenómeno de las pandillas juveniles en Centroamérica se ha convertido en un conflicto social, al menos en el triangulo norte (Guatemala, El Salvador y Honduras) debido a la falta de capacidad de nuestros Estados para combatir la violencia juvenil.

A continuación trataré de desagregar por temas lo que a mi parecer debe de observarse al estudiar dicho conflicto. Empezaré por una breve mención a la construcción identitaria de la pandilla, que le otorga rasgos específicos como organización en tanto representación frente a sus propios miembros, a otras pandillas y al resto de actores sociales con los que establece relaciones de algún tipo. Luego, me referiré a las actividades que realizan a partir de la construcción de esa identidad, destacando las implicaciones de la interacción entre maras y pandillas, así como con diversos elementos con los que se suele vincular a las pandillas: narcotráfico, violencia, etc. En ese punto, profundizaré en las diversas opiniones

² En el año 2006, Klein y Maxon publicaron una definición que presenta gran similitud con esta.

que se observan respecto de las pandillas, que vincularé luego en un acápite referido a la relación global entre pandillero y comunidad. Finalmente, presentaré algunas consideraciones sobre cómo salir de la violencia asociada al fenómeno y descrita a lo largo del trabajo.

La pandilla y la construcción de la identidad

La pandilla entendida como una “familia” no está directamente relacionada con la pretensión de obtener un beneficio económico, sino más bien como un satisfactor de necesidades personales que dejaron descubiertas las familias de los jóvenes miembros de alguna. La afectividad es un importante vínculo, no obstante no antagoniza con la familia de origen, la complementa. La pandilla es una organización de tipo fraternal que brinda a los muchachos autonomía con respecto a la autoridad adulta. Estos jóvenes, como se dijo anteriormente, al carecer de libertad en el hogar, construyen su propia privacidad en los espacios públicos urbanos, donde se sienten protegidos contra la autoridad. Esto los constituye como una generación de vida diferente a las conocidas, que sustituye la autoridad familiar por el orden de la pandilla. Las pandillas son asociaciones de orden emotivo, pues en las edades en las que ingresan sus miembros es de suma importancia la búsqueda de identidad y pertenencia a un grupo. Esta identidad, por contraste, es opuesta a la de otros jóvenes, ya que cada pandilla tiene su propio estilo.

La territorialidad, los espacios que utilizan para realizar actividades recreativas y delictivas, así como lucrativas y de mercado, es de vital importancia. Así, se apropian de espacios abiertos y visibles a todos los que conviven con ellos, controlando un área y manteniéndola como suya, incluso en una constante expansión. Esta característica de territorialidad es la que determina la estructura jerárquica básica de la agrupación. Se llaman *clicas* a los grupos básicos, *jengua* a la agrupación de varias

clicas y *pandilla madre* a la que pertenecen las *jengas*. Se reconoce, además, que en cada *clica* existen jóvenes con grandes condiciones de liderazgo. En este tema, los inmigrantes de Estados Unidos gozan de prestigio especial en la agrupación, pero no ocupan posiciones de liderazgo. Se los llama *veteranos*.

El territorio se constituye como base fundamental de la seguridad del grupo, por lo que es defendido ante incursiones externas por parte de otros grupos, defensa que se lleva a cabo como una actividad espontánea y con los recursos inmediatos. Además, cumple una importante función económica, ya que es una fuente de poder de la que el grupo extrae recursos para subsistir.

Actualmente en Centroamérica las maras o pandillas se perciben de dos formas muy diferentes: como grupos jerárquicamente organizados y con claras estructuras de poder, con una dirección centralizada y fluidos canales de comunicación, cooperación y coordinación activa o como organización horizontal que rechaza la existencia de un gran jefe. De acuerdo a esta percepción se fomenta la creencia de que encarcelando y exterminando a los líderes, la organización podría desaparecer. Sin embargo, hay que tomar en consideración que estos son modelos que se adaptan constantemente a las circunstancias de cambios en el entorno, lo que hace ineficiente este procedimiento. Se ha constatado que los intentos por controlar las pandillas o maras a través del procesamiento penal de sus líderes ha provocado la aparición de otros.

En estas organizaciones de calle, los mandos y liderazgos son ganados según el trabajo, antigüedad, experiencia, conocimiento, misiones realizadas, cuidado de los miembros, muertes o robos y fama dentro de los grupos. Normalmente existe un administrador de la *clica*, llamado *ranflero*, quien está a cargo de la tesorería del grupo y convoca a mitines o reuniones periódicas en las que se toman decisiones, se evalúan los grupos y se regulan los comportamientos grupales e individuales. Después están la *primera* y *segunda*

palabra, quienes dirigen los mitines y son voceros de las *clicas*. También existen las *terceras palabras*, en *clicas* muy grandes, y los *soldados*, miembros rasos de la organización. Todas estas posiciones de mando dentro de las maras o pandillas varían en su denominación en cada país de Centroamérica, pero la designación de su rol o papel es la misma dentro del grupo. El discurso interno indica que la distribución de poder es más horizontal que vertical. Estos jóvenes son líderes de agrupaciones de barrio, mantienen un control territorial y son apoyados con privilegios especiales cuando se encuentran en prisión, ejecutando muchas veces órdenes de los líderes regionales.

En Centroamérica este fenómeno está en proceso de evolución y se está convirtiendo en un conflicto social gracias a su desarrollo, eficiencia organizacional e inserción en actividades lucrativas e ilegales. Además, las políticas de cero tolerancia o mano dura y los encarcelamientos masivos han afianzado esta población, pues logran más fácilmente sus propósitos desde los penales. Adicionalmente, el desarrollo de las políticas represivas antes mencionadas ha recrudecido la actividad de estos grupos negativos de calle en los últimos cuatro años, reproduciendo dentro de los mismos una estructura de carácter militar y empresarial que los ha convertido en mano de obra del narcotráfico, del delito organizado y de agentes de extorsión contra vecinos y comerciantes. Todo esto ha hecho que se vuelvan grupos con organización más compleja, eficaz y violenta. Su identidad criminal hoy día está más afianzada. El narcomenudeo es una de sus más claras actividades. Actualmente estas organizaciones se encuentran un tanto escondidas y como toda organización delictuosa, no reflejan su verdadera estructura y dimensión.

En los centros penales de Centroamérica estos jóvenes son identificados como líderes, ya que ciertos mareros gozan de este reconocimiento por parte de otros internos y también son apoyados económicamente desde el exterior por sus compañeros de grupo, lo que

se traduce en acceso a drogas, teléfonos celulares y armas de fuego. Las autoridades y otras organizaciones los usan como interlocutores a causa de este liderazgo. Su comunicación con el exterior e interior del recinto es tan fuerte que incluso traspasa fronteras, ya que muchas instrucciones para los grupos del exterior vienen de los mareros o pandilleros reclusos, lo que hace que la cárcel se convierta en un centro de logística y de acción que influencia el comportamiento de los miembros de la pandilla más dentro que fuera de los penales. Los muchachos que han sido encarcelados han tenido efectos relevantes en su conducta: ésta se vuelve más violenta y más ligada a la mara. Así, las cárceles se han constituido en centros de logística, reclutamiento y conducción inteligente de las maras y pandillas, favoreciendo su accionar tanto dentro como fuera de ellas. Consecuentemente el reforzamiento de las pandillas se ha cuantificado gracias a las políticas penales represivas de los gobiernos centroamericanos durante los últimos cuatro años.

Estos grupos se han dotado a sí mismos de una identidad única a través de los tatuajes, indumentarias, graffiti y signos manuales, así como los ritos de iniciación, normas y sanciones para cimentar su sentido de pertenencia, identidad y cohesión. Como norma, la violencia es utilizada como mecanismo ritual, juega un importante papel y funciona como instrumento de control de la conducta dentro y fuera del grupo. También les es prohibido consumir pega y “piedra”, robar en la misma zona, relacionarse con otras maras o personas, andar o atacar solos, violar, atacar a un contrario y salirse de la mara. Tanto hombres como mujeres son castigados de forma colectiva si incumplen estas normas, pero a pesar de estos controles, uno de cada cuatro pandilleros consume cocaína y sus derivados.

La elección de la mara o pandilla a la cual pertenecer depende primordialmente del contacto directo que tienen los muchachos con la mara o pandilla de su colonia o vecindario, pues la mayoría de éstos percibe que

al ingresar conseguirán un espacio de amigos con base en su localidad, un pasatiempo o un espacio de juego. Conscientemente no optan por pertenecer a una organización estructurada y menos a una con actividades delictivas, pero conforme van conociendo la organización se dan cuenta de que está íntimamente ligada con la violencia. En la región centroamericana, el proceso de afiliación de los jóvenes a estos grupos negativos de calle se da por proximidad en la comunidad y no por reclutamiento deliberado.

Para ingresar a la mara o pandilla, los jóvenes candidatos deben demostrar valor y lealtad al grupo, saber manejar armas, soportar el dolor físico y lidiar con el peligro de morir. Estas son cualidades necesarias para pertenecer al colectivo, sin embargo, un porcentaje alto de jóvenes involucrados en estos grupos han señalado constantemente que no han tenido que pasar por estas pruebas de iniciación. En algunos casos pasan por una prueba de resistencia física y emocional ante el dolor y posteriormente llegan al tatuaje como emblema de mérito personal.

En el caso de Costa Rica y Nicaragua las maras y pandillas aún no han proliferado, pero todos los indicadores nos llevan a creer que existe la posibilidad de construcción de una cultura juvenil que comparte algunos rasgos distintivos de las pandillas, aunque en Nicaragua está consolidada la participación ciudadana y existe tejido social que no permite la organización de estos grupos.

Cada pandilla o mara tiene su propia identificación ante sí misma y ante otros grupos. En esto, los signos externos juegan un papel preponderante ya que constituyen elementos de resistencia a la descalificación. También los tatuajes identifican y representan estatus dentro del grupo, pues sus miembros deben ganar el derecho de usarlos. El rango dentro de la pandilla se asigna según la cantidad y el significado de los tatuajes.

El graffiti, en cambio, es un elemento creativo tanto individual como colectivo y sirve para delimitar el territorio de cada grupo

para ser reconocido por las otras pandillas.

Lamentablemente estos estereotipos son contraproducentes, pues causan segregación y provocan marginación en espacios sociales diferentes a los de estos grupos. Actualmente existe la tendencia a prescindir de estos símbolos de identidad para no ser identificados tan fácilmente por las autoridades y no ser excluidos de formas de supervivencia básica como el trabajo, la educación, etc. Los grupos negativos de calle más relevantes en la región son la Mara Salvatrucha (MS) y la Pandilla 18.

Al analizar el comportamiento de los jóvenes pertenecientes a estos dos grupos en la región se constata que en ambas pandillas se entretienen de manera similar, la mayoría de sus miembros ingresa voluntariamente y el tiempo de prueba es igual en las dos. Igualmente, en ambas la violencia es la principal cosa mala que les sucede a los muchachos al ingresar. El ingreso de los nuevos miembros depende en primer lugar del líder de la pandilla o de la decisión grupal y por último de la decisión individual del aspirante. También un dato muy interesante es que los integrantes de estos grupos ya consumían drogas antes de ser miembros. El consumo se incrementa durante su permanencia en los grupos o surge la incursión en otras drogas como la cocaína y el crack, ya que la mayoría se inició con marihuana. Realmente no existen patrones definidos que diferencien a las maras o pandillas unas de otras.

Existe muy poca información sobre el papel que desempeñan las mujeres en estas agrupaciones; son consideradas como miembros, madres y compañeras. Aunque todos los grupos en su mayoría están compuestos por hombres, existe participación de mujeres que alcanza niveles importantes pero se mantiene subalterna, como en todo sistema tradicional de relaciones de género. Se han tenido referencias de maras conformadas solo por mujeres, en las que por supuesto el liderazgo estaría ejercido por una mujer, pero este dato aún no se ha constatado.

En relación con las mujeres, las normativas dentro de las maras son injustas, ya que ellas no participan de la toma de decisiones ni de la jerarquía del grupo. Ellas mismas reconocen que como mujeres tienen la obligación de realizar labores o trabajos tradicionalmente asignados a su género y saben que de no hacerlos serán castigadas con violencia. En algunos casos se habla de mujeres pandilleras, pero como un grupo aparte, que trabaja con los pandilleros hombres. En Centroamérica existen mujeres líderes de grupos de pandilleras que trabajan anexas a un grupo de hombres.

En el caso de las relaciones interpersonales entre las maras o pandillas, puede haber matrimonios dentro y fuera de ellas. En algunos países como Honduras esto es posible solo al interior de los grupos. Las relaciones entre hombres y mujeres pandilleros y pandilleras están bastante extendidas, lo que indica la inexistencia de integración horizontal de éstas en las pandillas. Estos grupos controlan la sexualidad femenina en la elección de compañero y además utilizan a las mujeres como objeto sexual en los ritos de iniciación. De esta condición de opresión dentro del grupo ellas están muy conscientes. No obstante, su posición subordinada no significa que ellas no participen de las principales actividades criminales.

Algunas jóvenes maras consumen drogas porque en su ámbito familiar sus hermanos, y muchas veces su padre, también las consumen. Estas sustancias ilícitas no son del consumo de la mayoría de ellas, sin embargo es evidente que ciertas pandilleras invierten en drogas. Para estas chicas las actividades lúdicas o distracciones no son de las cosas más importantes, pero de importancia primordial es la socialización. Normalmente una vez que han ingresado a la mara siguen utilizando la misma droga con la que inició su consumo (casi siempre la marihuana, seguida de la cocaína). Los efectos de estas drogas les producen sensaciones de seguridad y confianza, desinhibición, diversión y sobre todo, olvido; es muy frecuente su participación en la venta

de drogas, conjuntamente con robos y peleas con otras maras y pandillas. Por supuesto que el consumo de droga es un factor constante dentro de sus actividades cotidianas.

Las mujeres pandilleras mantienen relaciones amorosas con miembros de la pandilla o con otros hombres, que dan como resultado el nacimiento de hijos. Frente a esto, el comportamiento de los otros pandilleros con ellas es de cuidado y de protección durante el embarazo. Generalmente es la propia pandilla la que se hace responsable de cuidar a los niños o recién nacidos.

Este dato pone de relieve dos aspectos sobre el proceso de organización de las maras y pandillas: la posible reproducción generacional de la adscripción, ya no solo por afiliación, y la presencia de una generación infantil que implica que la familia se expanda y las redes comunitarias se involucren.

A qué se dedican

Es innegable que las pandillas mantienen actividades delictivas y que éstas provocan miedo en la comunidad. Por ello, en Centroamérica se dedican grandes esfuerzos orientados a su control y prevención. También es innegable que cometen menos delitos de los que el imaginario popular les atribuye. Sin embargo está demostrado que los jóvenes que se unen a las pandillas cometen más delitos que los que no están involucrados con estos grupos, que tienen mayor predisposición hacia la participación delictiva y que su comportamiento violento se incrementa. Normalmente siguen un patrón muy variado de delincuencia, hacen de todo. Es imposible determinar si el consumo y la delincuencia se facilitan o fortalecen por el proceso de afiliación al grupo.

Los integrantes de grupos negativos de calle pasan la mayor parte de su tiempo realizando actividades no muy diferentes de las de otros jóvenes y adolescentes. Son más propensos a participar en actividades más asociadas con el ocio de adultos.

Los jóvenes en situación de exclusión

social desarrollan estrategias de supervivencia implicadas en la economía legal, pero paralelamente están inmersos en la economía ilegal y en formas delictivas ocasionales de adquisición de ingresos. La mayoría de los trabajos que realizan son de carácter no calificado. Las fuentes de ingresos individuales y colectivos son frecuentemente el robo, la venta de droga, el cobro de protección a vecinos y comerciantes, etc.

Los miembros de maras y pandillas contribuyen económicamente a sus familias, ya que un alto porcentaje de estos muchachos son padres, por lo que las políticas penales excesivamente represivas provocan desestabilización en la fábrica social de los vecindarios en los que viven. El encarcelamiento de éstos tiene un impacto directo en sus familias y comunidades y las políticas represivas provocan el fortalecimiento de la delincuencia en estas localidades.

La violencia y la fuerza son parte primordial de la cultura de los mareros y pandilleros. Ellos deben de estar preparados para responder violentamente en cualquier momento para de esta forma consolidar su identidad a partir de la fuerza. Estos mecanismos de defensa y protección frente a grupos externos aumentan a través de la fuerza y el carácter violento y fortalecen a los grupos, ya que muchos jóvenes se unen a ellos para garantizar su seguridad personal. Por lo tanto, socialmente se percibe a estos jóvenes como una amenaza y se les impide así su rehabilitación y reinserción social, lo que contribuye a perpetuar el problema. Además, el rechazo social constante les dificulta las relaciones sociales y la realización de otras actividades que les facilitarían su salida de las pandillas o maras.

Los antagonismos entre maras y pandillas en Centroamérica se originan en la división de dos grandes grupos a partir de conflictos relacionados con territorios y venganzas: la Mara Salvatrucha y la Pandilla 18. Además, el alto grado de violencia que históricamente ha existido en la región ha generado patrones de

conducta y hábitos que facilitan la aceptación, la no reacción y hasta la costumbre de vivir entre la violencia.

No se puede estigmatizar a los jóvenes pandilleros como sujetos diabólicos que disfrutan realizando actos violentos, pues en estas comunidades existe un alto grado de victimización violenta. Pero, a pesar de que en el discurso de los pandilleros está muy presente su prestación de un servicio social a la comunidad, esto no quiere decir que la relación de éstos con la población esté exenta de conflictos y problemas. El cobro de servicios de protección e impuestos a vecinos y comerciantes es una de las formas más comunes de financiamiento para estos grupos. Es más, los cobros se realizan por medios legales, tales como depósitos en cuentas bancarias o empleo de cheques. Estos fondos son administrados dentro del grupo por un encargado ya establecido.

Las maras y pandillas controlan el narcomenudeo en la región. Aunque los pandilleros venden de manera individual, no como una actividad organizada del grupo, muy pocas pandillas están implicadas en el narcomeudeo de forma organizada. Sin embargo, la relación entre maras y pandillas y las redes de narcotráfico se han intensificado rápida y constantemente y están en aumento como consecuencia de la retirada del Estado y de la corrupción política, económica y social. Consecuentemente se puede asegurar que en las maras y pandillas hay negocios con el narcotráfico y el crimen organizado. En algunos países de la región se concibe a estos grupos como mano de obra del crimen organizado, aunque más informal y desorganizado de lo que a veces se puede percibir. Los pandilleros son contratados para trabajos especiales como muertes por encargo, venta de drogas y venganzas por deudas.

El origen o surgimiento de las pandillas dice poco sobre las motivaciones de determinados jóvenes para ingresar en ellas, considerando los factores de riesgo que implica la afiliación a estos grupos, como tener amigos delincuentes. Las conductas problemáticas y

el haber sufrido una serie de eventos negativos durante la infancia, la falta de supervisión parental, así como tener actitudes favorables a la violación de la ley, la falta de control y el apego a amigos problemáticos suelen considerarse antecedentes que propician la adhesión a pandillas.

Existen diferencias significativas entre los jóvenes mareros o pandilleros y los jóvenes que no lo son, pero que residen en las mismas comunidades. Quienes ingresan a las maras pierden prematuramente su juventud y aceleran la adopción de papeles adultos para los que no están aún preparados (paternidad, relación de pareja, menos vínculos con la escuela). Aunque los análisis estadísticos sugieren que provienen de un entorno familiar desventajoso, también puede observarse claramente que la mayoría no procede de familias violentas en las que hubiera abandono o malos tratos.

En el tema de las mujeres, las diferencias entre mareras y pandilleras y las mujeres que no ingresan a estos grupos son mucho más acentuadas que las diferencias entre los varones, pues las mujeres están sometidas a un mayor control social informal que los varones, por lo que les resulta más difícil emprender conductas de carácter desviado.

Diversas opiniones sobre las pandillas

La percepción sobre los factores de ingreso en Guatemala, El Salvador y Honduras coincide en señalar los problemas familiares como una de las principales causas que empuja a los jóvenes a agrupaciones violentas. Éstos ven en la mara un refugio, pues su situación familiar los obliga a buscar el apoyo que no encuentran en su casa en amigos de la pandilla.

Explicar toda la dinámica de las maras o pandillas por factores deficitarios en la familia o el individuo simplifica la dimensión del problema social y limita la capacidad para enfrentar las condiciones de vida desventajosa.

Es importante tomar en consideración que estos factores de tipo individual y/o familiar operan como mediadores de factores macroestructurales más amplios.

Los factores relacionados con el origen y desarrollo de las maras y pandillas tienen primordialmente una dimensión estructural:

- El fracaso y retirada del Estado
- La institucionalización de la corrupción
- Las transformaciones económicas y sociales experimentadas por la región en las dos últimas décadas
- La influencia del crimen organizado y el narcotráfico
- Los gobiernos y políticas de mano dura que han terminado por fortalecer la cohesión interna de estos grupos generando condiciones sociales favorables para el desarrollo de los mismos

En las maras y pandillas se puede advertir el reacomodo de una sociedad que sale de una guerra civil y se enfrenta a una vida institucional diferente, bajo un modelo socioeconómico distinto. El descuido de la prevención es uno de los indicadores del debilitamiento del Estado. No son ni los pobres ni los que provienen de familias desintegradas, solamente, los que se involucran, sino los jóvenes que se enfrentan a combinaciones variables de adversidad e incluso de desesperanza frente a proyectos de vida posibles.

Los mareros, no mareros, ex mareros, familiares y vecinos presentan claras diferencias en cuanto a su percepción sobre el quehacer de los medios de comunicación. Los mareros y ex mareros y, en mayor medida, familiares de mareros, tienen opiniones desfavorables sobre la información que se publica sobre estos grupos. Los vecinos y jóvenes no mareros, por el contrario, sí sienten que reciben una información fidedigna por parte de estos medios.

En el discurso oficial y en el discurso de los medios de comunicación se trata al pandillero como un sujeto anormal, que no es como los demás, cuando en la realidad es

una persona que en gran medida comparte una serie de valores, inquietudes y temores que cualquier otro sujeto de su misma edad y condición social; que pasa la mayor parte del tiempo comportándose como cualquier otro joven. Son más las similitudes entre grupos de jóvenes mareros y pandilleros y de jóvenes no pandilleros que las diferencias.

Para analizar estos valores se empleó el Test de Oraciones Incompletas (TOI) en relación a tres ejes de estudio: sociabilidad, relaciones interpersonales y proyectos de vida.

En este estudio se observa una amplia similitud entre las poblaciones de jóvenes pandilleros y no pandilleros de los cinco países en relación a los ejes analizados. Los datos permiten afirmar que al interior del grupo existen perfiles diferentes, es decir, a través de la diversidad de respuestas se percibe una importante heterogeneidad tanto entre los jóvenes que participan de la mara y pandilla como de los no pandilleros. Sin embargo, ambas poblaciones expresan tener un conocimiento concreto e interiorizado de las leyes como orden social y reconocen que su función es ser aplicadas cuando se actúa contra ellas. El delito es concebido como un valor negativo que encamina a consecuencias perjudiciales.

Una sutil diferencia apunta hacia las estrategias para aplicar la venganza. Los jóvenes pandilleros enfatizan actitudes cautelosas pero más confrontativas y en porcentajes bajos mencionan acciones de extrema violencia. Los no pandilleros censuran el acto de la venganza y enfocan sus respuestas hacia una solución contractiva del problema. El uso de la extrema violencia en jóvenes pandilleros de Costa Rica y Nicaragua es menor que el promedio de los cinco países. Los jóvenes pandilleros expresan una claridad en relación a las consecuencias negativas de los actos que perjudican a otras personas, lo que evidencia una dinámica en la que la vulnerabilidad afecta de forma directa a los pandilleros.

Por último, en relación a los proyectos de vida, una actitud de lucha y el énfasis en las cualidades personales es superior en los

jóvenes pandilleros. Las respuestas de los no pandilleros dan acento a la importancia de recibir ayuda. La educación como sentido para la vida es prioritaria en los no mareros. Por lo tanto, se tiene que promover el acceso y la asistencia a los cursos lectivos para los jóvenes en riesgo.

En términos generales, en los cinco países y en ambas poblaciones se considera que la ley es necesaria predominantemente para el ordenamiento social. La utilidad de la ley es considerada para los no pandilleros como castigo.

La gran mayoría de los pandilleros acude a sus seres queridos o a personas con experiencia cuando necesitan apoyo. Ya que la tendencia de involucrarse en pandillas se debe en gran parte al fracaso familiar y la desintegración familiar, es importante para ellos la búsqueda de apoyo alternativo cuando su grupo familiar falla. En lo referente a lo reactivo, piensan que es la familia la que debe de dar estabilidad emocional, aunque consideran también que la familia a veces es la peor experiencia en su vida. Ambos grupos consideran aún que la familia es un espacio positivo y formador de principios.

En el caso de los amigos, en ellos encuentran apoyo y la ayuda para la resolución de situaciones difíciles. La lealtad de los amigos tiene un valor especial en ambos grupos, que le dan mucha relevancia.

Algunos estudios que han explorado la relación entre maras y pandillas y el entorno social aluden a la complejidad del tema: los pandilleros son miembros de la comunidad y pertenecen a redes familiares que forman parte de su capital social.

En contextos en los que el Estado se retira, el poder de las pandillas aumenta y aparece la vinculación con el narcomenudeo. Cualquier esfuerzo para involucrar a la comunidad en el control de la pandilla tiene que pasar por el uso de estrategias que vayan más allá de la segregación social del pandillero, dado que el pandillero, pese a que es percibido como causa de muchos de los males que afectan a la comunidad, sigue siendo integrante de las redes

comunitarias. Cualquier plan de acción, ya sea preventivo o de control que se tome, debe necesariamente reconocer estas conexiones y vínculos que conforman el contexto de las maras y pandillas.

En líneas generales, la mayoría de los familiares ven a sus parientes mareros y pandilleros como jóvenes sin oportunidades o víctimas del sistema; mientras que para la mayoría de los vecinos, el marero o pandillero es, por encima de todo, una persona peligrosa. También la mayoría de las víctimas confirman que sería importante trabajar sobre todo con los vecinos, los familiares de mareros o pandilleros y las autoridades. Ello resulta un dato interesante en cuanto al posible desarrollo de políticas de prevención, pues indica el grado de apoyo que este tipo de políticas recibiría si fueran impulsadas por el Estado.

La comunidad y el pandillero

La gran mayoría de los jóvenes pandilleros o mareros aún vive con sus familias e identifica a algunos parientes como pandilleros. Las familias de los mareros o pandilleros en su mayoría ven con preocupación el hecho de que uno de sus parientes pertenezca a estas agrupaciones, están en contra de las maras o pandillas o les disgustan y les entristece la presencia de sus familiares en ellas. La vinculación de parientes a las maras o pandillas tiene una serie de consecuencias para la dinámica de la vida familiar y para las relaciones de la familia con su entorno social. Además, resulta también significativo cómo un porcentaje importante de familias nota un deterioro en la relación con sus vecinos.

Los familiares de mareros no solamente reportan la adopción de medidas para prevenir la afiliación, sino que también declaran apoyo a sus parientes para que logren salir de la agrupación una vez que el vínculo con la mara o pandilla se ha consolidado. La institución de apoyo a la que más se acude en todos los países es la iglesia. La mayor

parte de las familias no ha sido visitada por la policía o por otras organizaciones no gubernamentales o iglesias que promueven la prevención o la ayuda humanitaria a los mareros o pandilleros.

Se podría concluir diciendo que aunque hay factores de riesgo asociados con la familia, la familia es también parte ineludible de la solución, ya que no solo sigue jugando un papel importante en la vida de los jóvenes, sino que además tiene una disposición muy importante para ser parte de esa solución.

Los datos sobre búsqueda de apoyo y el apoyo ofrecido por las instituciones muestran claramente que ésta es un área en la que es necesario mejorar la respuesta del Estado, ya sea en forma directa o a través del soporte y financiación de otras instituciones. La situación actual muestra una demanda considerable de programas de prevención y rehabilitación que está lejos de ser cubierta por el Estado.

Según se destaca en el informe USAID 2006, los gobiernos centroamericanos, sobre todo en El Salvador, Honduras y Guatemala, han preferido apostar por las políticas de represión policial y endurecimiento de la legislación penal antes que por políticas de carácter preventivo en lo que respecta a enfrentar el fenómeno de las maras y pandillas. La experiencia acumulada en otros países demuestra que las políticas de mano dura generalmente solo sirven para cimentar la presencia de las pandillas y marginar aún más a los sectores afectados por este problema social. La relación entre maras o pandillas y centros penales respalda esta tesis.

El principal y primer punto de contacto de las maras y pandillas con el sistema legal es la policía. Esta vinculación navega entre la legalidad y la ilegalidad. Las opiniones de los informantes del sector de la seguridad afirman que la imagen de la policía varía de país a país. El primer descriptor es la corrupción.

En Guatemala se tiene más claridad y amplitud de criterios respecto al papel de la policía y sus relaciones con el narcotráfico y el crimen organizado. En este campo la problemática en este país es más crítica y más enraizada en el sistema sociopolítico y económico. La corrupción de la policía ha ido creciendo y conformando una estructura de corrupción desde mediados de la década de los ochenta, fenómeno que se ha caracterizado desde “mordidas” hasta actividades de “trabajo de acompañamiento” en beneficio de los narcotraficantes. Esta actividad se habría desarrollado, principalmente, a partir del periodo 1994 y 1995, complementándose con el apoyo logístico en secuestros a partir del periodo 1993 y 1994. Estos procesos se hacen más visibles desde el año 2000 hasta la actualidad. Del 2001 en adelante aumenta la relación de corrupción entre funcionarios de gobierno, diputados y policías. La estructura de la corrupción tiene oficialidad y adquiere mayor relevancia entre el 2003 y 2004, periodo en el cual se vinculan fuertemente diputados y la Policía Nacional.

Hay dos modalidades importantes de destacar: protección a narcotraficantes para envío y trasiego de droga de frontera a frontera y operativos “quita cargas”. La fuerza de los carteles de Zacapa-Petén, Izabal, San Marcos, Escuintla y Huehuetenango ha llegado a los niveles de influir y orientar el nombramiento de los jefes policiales para obtener su apoyo y disminuir la competencia, tanto de la policía misma como de grupos emergentes.

Del 2004 al 2006 aumentan los casos de “quita cargas”, en los cuales participan ex policías, policías en servicio y diputados desde sus influencias. La estructura formal se impone, el nombramiento de nuevos jefes de policía conlleva una descripción paralela de funciones, lo que induce a un “Narco-Estado” o un “Estado Fallido”. La participación de funcionarios incluye distribución, intermediación y control del mercado de la

droga. En consecuencia, la confrontación con la policía pareciera que trasciende las áreas del mantenimiento del orden y la legalidad y penetra en los espacios de la competitividad del mercado, la territorialidad y el juego de intereses.

En El Salvador y Honduras la problemática se enfoca en la aparición de procesos de “limpieza social”, donde se aplica un “derecho penal subterráneo”. Esta limpieza hace nacer la “sombra negra” a cargo de mandos medios y bajos de la policía, con el efecto contraproducente de “guerra a la pandilla justifica la pandilla en pie de guerra”.

El problema de la corrupción es estructural e inherente al funcionamiento mismo del Estado y la sociedad. Existen vínculos primarios de un sector de la policía con las maras y pandillas, pues en diferentes casos son sus vecinos, conocidos, familiares o simplemente sus similares. Además se ha comprobado que “los policías después de algunas semanas de relacionarse con los mareros o pandilleros se vuelven sus iguales, solo que uniformados”.

Ninguna de las poblaciones posee una percepción favorable sobre las autoridades policiales. Al margen del grado de insatisfacción expresado, existe una percepción amplia de que las pandillas actúan sin que la policía genere una respuesta adecuada.

Un aspecto adicional que expresa una dimensión más de la corrupción policial emerge cuando se pregunta a los vecinos y a los comerciantes de las colonias o barrios de dónde obtienen las armas los mareros. La respuesta es su vinculación con la policía. Es de notar que la categoría más alta para esta población en la relación entre armas y suplidores es la policía. La vinculación entre procedencia de las armas y la policía es muy significativa en cada uno de los tres países.

La propia policía de Guatemala, El Salvador y Honduras en un porcentaje importante apuesta por medidas de tipo represivo ante este fenómeno; sin embargo, en un

porcentaje aún mayor apuesta por políticas preventivas de carácter social, porque está consciente del desencuentro entre comunidad y policía.

Actualmente se muestra un clima bastante generalizado de insatisfacción con la labor policial y una percepción de corrupción bastante extendida entre distintos actores sociales. La policía no actúa contra las pandillas y cuando lo hace, no coordina sus actividades con la comunidad. Se dan casos en que la policía y otras autoridades pagan a estas agrupaciones para la realización de “trabajos y favores” al igual que en el resto de la región. Además de los pagos, los jóvenes activos señalan otros vínculos con la policía y se registran valores similares con sus particularidades por país.

Cómo salir de la violencia

Mientras entrar a la pandilla aparentemente es sencillo, la salida no es un proceso fácil y a menudo aparece como algo atractivo. La mayoría de los pandilleros acaba en el cementerio o con condenas largas, otros van dejando atrás su vida como tales. De la misma forma, la curva de la delincuencia y la edad sugiere que la mayor parte de las personas deja de delinquir una vez que consolida su transición a la vida adulta. Es importante enfatizar que gran parte de los ex mareros relata que salir de la mara es una decisión que tomó por su propia cuenta.

Se puede señalar que la salida de la mara o pandilla se dificulta por cuatro razones principales: el miedo a los pandilleros, la pérdida de beneficios adquiridos por la permanencia en el grupo, la falta de apoyo por parte del Estado y el rechazo social existente.

Las familias de los pandilleros, en primera instancia, así como instituciones religiosas, parecen jugar un especial papel en facilitar opciones a estos jóvenes. Es muy importante, por tanto, que se desarrollen políticas que favorezcan el proceso de salida y faciliten a estos jóvenes opciones de un proyecto vital

alternativo. Es importante referirse a los elementos que permiten identificar las posibilidades y potencialidades de los pandilleros para concebir y eventualmente edificar un proyecto de vida.

Para las mujeres la opción laboral es mejor que para los varones. Posiblemente esto derive de un modelo patriarcal de familia, interpretación reforzada por la visión que las mareras evidencian de la familia como un espacio afectivo de protección.

La mayoría de los jóvenes responde que le gustaría dedicarse a un proyecto e intereses personales si saliera de la mara. Solo una minoría manifiesta no estar dispuesta a salirse de la pandilla.

Se aprecian importantes diferencias por género al desagregar la respuesta de por qué piensan así. Los hombres piensan en beneficio propio, el sentido de posesión o la esperanza que depositan en la familia, seguidos por el rol de protector y proveedor. Las mujeres por su parte, prefieren la familia, el sentido de pertenencia con una valoración positiva. Hombres y mujeres requieren, por tanto, consideraciones diferenciadas en el momento del diseño de programas de intervención y prevención. □

Glosario

clica. Grupo primario que tiene control sobre un territorio, barrio o colonia.

narcomenudeo. Distribución y venta de droga al detalle.

primera palabra. Persona que dirige y es vocera del mitin o reunión colectiva.

segunda palabra. Persona que dirige el mitin o es vocera de reuniones superiores.

tercera palabra. Administrador de la clica.

soldado. Miembro raso de las maras y pandillas.

Bibliografía

Goldstein, H., 1990, *Problem oriented policing*, McGraw Hill, New York.

Goubaud, E., 2006, *Juventud, Violencia y Exclusión. Desafíos para las políticas públicas*, Capítulo VII, Magna Terra Editores S. A., Guatemala.

Klein, M., 1971, *Street gangs and street workers*, Englewoods Cliffs, Prentice Hall.